

Roland Barthes, exorcista de signos

Nicolás Rosa

Roland Barthes es el nombre de un amigo que en el fondo, en el fondo de una familiaridad, yo conocía poco, y de hecho del que no había leído todo lo que había escrito, quiero decir, releído, comprendido, etc.

Sin duda que mi primer gesto fue siempre de aprobación, de solidaridad, de reconocimiento, pero creo recordarlo, no siempre, y más allá de que esto importe poco, debo decirlo para no ceder demasiado a las reglas del género.

Jacques Derrida, *Les morts de Roland Barthes*.

La lectura de la obra de R. Barthes en la Argentina y su probable influjo fue siempre lento, difuso y quizá incierto. Es imposible hablar de una relación de influencia en el sentido agonístico de Harold Bloom; quizá sería conveniente pensar en una relación transferencial. Los textos barthesianos, más allá de sus propuestas de la etapa "estructuralista", poseen una hibridación tanto en la constitución de los objetos de estudios —de allí proviene su modernidad— como en la multiplicidad de sus entradas: la versatilidad y la unidad forman una pareja antagónica que rigió los destinos semióticos de la aventura barthesiana. Semiólogo, crítico literario, crítico de la cultura, analista de los "materiales" de la semiosis audibles y visibles, potencia, de acuerdo con nuestra propia experiencia de lectura, el resurgimiento de una cierta audiofonía que pareciera contradecir la prioridad de la escritura. Los críticos argentinos —y no son muchos— leyeron a Barthes —algunos lo seguimos leyendo— como si fuese la obra de un clásico, como el testimonio de una *Erlebnis* escrituraria que reaparece en ciertos términos, en ciertas palabras, en ciertas formas imitativas como el imperio desusado de una fonía, de una hipofonía, que subyace en algunos textos. Cuando el texto barthesiano reaparece, reaparece como Voz, como registro audible de los nuevos textos, como verdadero compañero de ruta y nunca como diccionario de autoridades. Se lo presiente como "amigo de lecturas" y nunca como referencia biblio-gráfica. Quizá esto

NICOLÁS ROSA es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

se debe tanto a la complejidad y disponibilidad de su obra —similar en esto a la de Benjamin—, como al sistema de lectura de los lectores-críticos argentinos. Y con toda seguridad a las substancias tan penetrantes pero informales con las que Barthes trabajó en sus últimos textos. Su lectura sorprende en una esquivia fugaz, un sobreentendido que no se deja articular con el sentido propio, con la propiedad del sentido. La voz, la Voz, anonimiza el discurso en los sinuosos senderos de eso que hemos llamado los decursos pansemióticos de la lengua en su alterada circulación, más allá de los estratos de la comunicación. La voz siempre será un atentado contra la inteligibilidad del discurso. La *impresión*, registro puramente modernista, inaugura una retórica del boceto, del escorzo, del soslayo, una retórica a medias, si esto es posible; o mejor, barthesianamente, una retórica *frustrada*: la frustración del sentido no envilece el sentido, lo exalta en la expectación y en la espera ... en la esperanza de sentido. Lector riguroso de la fugacidad, escritor de la intimidad (sus observaciones sobre el *Diario* de Amiel) depone la entronización de una regulada figurática. Si su búsqueda fue la de un sinsentido audible en las coreografías discursivas (*Fragmentos de un discurso amoroso*), en las balizas de una audición que por momentos se estereografía en la mudez, el aburrimiento y el bostezo, es porque presupone una estereofonía (el mercado de Marrakesh: la última plaza pública de Bajtín) y se hunde fibrilarmente en los rizomas, las briznas, los hilillos de la articulación: la voz de chantre antes que las voces líricamente teatrales, la voz borracha del francés "*canaille*" o la fioritura de la voz "*concierge*" en el *xiii arrodissement* y por qué no en los ebrios del Abasto. Pensamos que en una tradición puramente fonética estas voces nos hacen recordar a la *hybris* micénica o a la *ebrietas* de los largos vinos horacianos. Barthes escudriña en los escondrijos de la voz, en los estertores de la dicción trunca del Sr. Valdemar (análisis del cuento de Poe) o en la voz sibilante de la pitonisa de Delfos o de la Sibila de Cumas (estudio de Barthes sobre un fragmento de la *Farsalia* de Lucano). Pensamos que Barthes, como Sócrates, genera una pedagogía subversiva (el *pastiche* del Critón, que no ha sido traducido y que entendemos no debe serlo) montada sobre una nueva semiología, más allá del chisme, del rumor y la calumnia, la del adminículo, la de la frustración, la de la modestia —engaño de las fantasmaticizaciones del sujeto—, la del fiasco, una semiótica del duelo y la melancolía cuyo borde es el suicidio. Barthes, como Sócrates, el gran Corruptor, buscaba afanosamente y con vocación de derrota, la ciencia y el reposo. El logoteta de las Comunicaciones, de los *Elementos de Semiología*, del *Sistema de la Moda* —y este trabajo es un *hapax legomena*— el Retórico de la *Investigaciones*, el Cupitor de los *Fragmentos*, hasta el Melancholicus de *Roland Barthes par Roland Barthes*, el Memorioso de *Incidentes* o de *La Cámara Lúcida*, muestra su verdadera máscara—la máscara rehuye el régimen lógico de la verdad-falsedad—: su trabajo es una *artesanía científica*, a mitad

logoteta que es Barthes. Mirar el mundo de la significación, extraerle su sentido, aborrecer de él, es siempre tarea ingrata, coloca al sujeto crítico en medio de una crisis del significante, partido a medias, fragmentado en su propio nacimiento, a caballo entre la partición real y la totalidad imaginaria. Barthes pensándose a sí mismo como hombre político o en su rechazo de la política, reactualiza sin saberlo o sin quererlo, sus definiciones de lenguaje encrático y acrático y la subordinación de la endoxa pero también de los sutiles mecanismos de las paradojas esenciales. Quizás el intelectual vive en una doble paradoja, una paradoja quiasmática entre el intelecto y la acción, entre la conservación (la función conservatoria de la literatura de Lepennies) y la destrucción, entre el intelecto y la fides (Claudel), entre el intelecto y la sensibilidad (Gide), entre el gesto y la praxis (Sartre), entre la sangre y el intelecto (Kierkegaard), entre el orden y la locura (Artaud), entre el deseo y la aphanisis total (Amiel), para citar autores caros a Barthes. Tal vez esto sea una definición de lo que quiere decir semianarquismo. La voz de Barthes era sensual, confesional y por momentos abacial, conversaba más con el goce que con el estertor del placer. El oído de Barthes es político: escucha las teocracias del sentido, la autocracia de la doxa, el imperialismo de los significantes, el perfil siniestro de los paralogismos y al escucharlos con esa sensibilidad tan obstinada, va generando una semiología de la circulación del poder, de su ubicuidad, sus sistemas de distribución y de transmisión y al hacerlo marca las características fundamentales del mismo en las sociedades modernas: su invisibilidad y la perpetuidad de sus transformaciones. Si Barthes se atreve a decir que su lucha no es con el poder sino con los poderes; sí, marcado como toda su generación, por la Segunda Guerra Mundial y por el problema de las colonias (Argelia), pensó la contemporaneidad como todos los intelectuales de su época, y más allá de las vanguardias —la proliferación de las vanguardias denota su íntima relación con la retaguardia— como hombre del siglo XIX. Quizá el problema mayor para los intelectuales contemporáneos sea pensar, a través de Barthes, de Adorno, de Benjamin, lo actual en función de lo inactual, lo contemporáneo en función de lo extemporáneo, la predicción utópica en función de la impredecible sucesión de la Historia. Si Barthes cree que su tarea no es con el Poder sino con la multiplicidad de los poderes, es que la minimización del gesto es su propio atributo. También en la constitución del poder operan las entidades máximas y mínimas; dentro de las entidades máximas la máxima es la Ley y el fracaso de la Ley: frente al desenfreno y la desconsideración, la Ley promueve la construcción de una legalidad amurallada en los Códigos y en las Instituciones, pero ¡ay! “la máquina de guerra” protectora del Estado es siempre una máquina salvaje impermeable a la Ley e incitará a la violencia generalizada. Ley y Transgresión son indisolubles, como el crimen y la punición, como la guerra y la paz, como el contrato y el desacuerdo. Barthes es un semiólogo

de la frustración del sentido pues desacuerda los contratos, pacta y descompacta los códigos, es tanto un semisemiólogo como un semianarquista y produce alianzas impropias: las de los signos del deseo, las de los síntomas de la pasión, las de los indicios del amor, la de las huellas y señales del síndrome político. Si decir la verdad a gritos y decir la mentira en un susurro se anulan en la voz política, conviene analizar más que los discursos políticos la política de los discursos, en la Calle, en los Aposentos, en la Ciudad, en las Fronteras o en el Confín, en el interior de las mastabas e hipogeos o en la rutilante luz de la Acrópolis, ¿y en qué sujeto, en los hombres, en las mujeres, en la clase o en los desclasados? La emergencia, la aparición, la transmisión de esos mensajes que al parecer no tienen la propiedad sustantiva de lo político transitan un derrotero que los empapa de lo que define a lo político, el poder sobre los otros y los límites morales a ese poder. Y si los intelectuales son, al decir de Barthes, la *huella* de un saber anterior, y como tal su ser está previsto en la interpretación del futuro, su consistencia es simultáneamente deleznable y apreciada, deleznable porque siempre estará en una atónita crisis cuando la realidad lo requiera, y apreciada en tanto servirá, con su visión desengañada, para valer como anticipación semafórica de los destinos de la Ciudad. Pero ese intelectual debe guardarse más que el hombre de arte de las tentaciones del lenguaje, del convite de la lengua, pues como dice Barthes, y lo dice en serio, la lengua es fascista: nos obliga a decir lo que dice y no decir lo que queremos decir. La tarea del Contradictor es marcar la contradicción en que nos encierra el acto de *semiosis*. La dialéctica es tarea de la Historia.

La experiencia vital e intelectual de Barthes es insólita: vivir en condicional, perpetuado en el *Si así* o en el *Como si*, condición con la cual se formula tanto su experiencia de la vida como las interrogaciones sobre la *semiosis social*: vivir en condicional cuando en realidad el deseo profundo del hombre es vivir en presente del indicativo y en afirmativo. Intentar penetrar el desacuerdo de los lenguajes, el desacierto de las lenguas, ese nivel de la lengua sumido en el infralenguaje del Grado Cero de la Escritura y luego atrapado por la pulsión oscura y enigmática que permite la eflorescencia sutilísima que envenena la pretensión de una traductibilidad generalizada de las hablas sociales (una dialectología perversa) es vocacionarse a la destitución del confort semiótico del signo. La heterodoxia barthesiana se sostiene sobre una pasión fetichista de la combinatoria, manifestación aguda de una iconoclastia que eligió de la lengua, lo peor.